POÉTICA DE LA INICIAL MAYUSCULA O ARREBATADA APOLOGÍA DE LA ARQUITECTURA ACERCA DEL PENSAMIENTO Y EL MAGISTERIO DE JAVIER CARVAJAL

Juan M. Otxotorena

1.

A modo de pertrechos necesarios, si bien dudosamente eficaces, para una defensa in extremis de la arquitectura —vista como arte, como horizonte, como tarea y como profesión—, los escritos de Javier Carvajal componen un paisaje apasionado y grave. Realizan todo un programa de vida que al propio tiempo es de combate, de agónica lucha sin tregua; responden a una misión.

Como en el caso del Rilke de las Cartas a un joven poeta, también aquí se alude a los jóvenes; eso sí, se los llama a la guerra. Además, se convoca a los jóvenes tomando la expresión con un sentido bien preciso, ya de vuelta. Aquí, en efecto, se exhorta y emplaza a los jóvenes arquitectos en tanto arquitectos de actitudes jóvenes: a aquellos arquitectos que presentan disposiciones no completamente envilecidas todavía por la renuncia a sus ideales originarios y la claudicación ante el cúmulo de las poderosas presiones de todo orden que tratan de someterles. Y se les habla con palabras que quieren «... tener acento de llamada a la responsabilidad, ... cumplir un servicio de advertencia y de estímulo[1].

1. J. CARVAJAL, «Última lección académica», en AA.VV. (J.M. FERNÁNDEZ-ISLA y M. PEIRE coords.), J. Carvajal Arquitecto, Servicio de Publicaciones del C.O.A.M., Madrid 1991, p.77.

Son pocos sin duda los que podrán resistir y salvarse; son pocos, muy pocos, quienes conseguirán preservarse íntegros y cabales en este agresivo universo de seducciones: el éxito fácil, el aplauso frívolo, la satisfacción egoísta, la simulación artera, la pereza, la comodidad...; y se les habla desde el profundo afecto del profesor-y-maestro-antes-que-juez y bajo el peso insoportable, extenuante, del deber más oneroso: aquél que imponen, inapelables, la honestidad y la lucidez.

La ideología que subyace en su voz —quizá baste el dato para definirla— es la de quien escribe la palabra Arquitectura siempre con inicial mayúscula: la de quien se refiere invariablemente a su profesión «... con pasión, no sólo con interés»[2] , la de quien hace en todo momento de ella objeto de «fe y entusiasmo ardoroso»[3].

Fe y entusiasmo ardoroso: esto es lo que derrocha obsesivamente «... la obra de un visionario, de un introvertido —seguramente tocado por la mística— a caballo entre las influencias nórdicas del protestantismo, con las ansias luminosas de algunos arquitectos del norte, y las entreveradas oscuridades de los arquitectos del sur...»[4]. En todo caso, ansias luminosas y entreveradas oscuridades componen históricamente un singular y característico paisaje que resulta de su superposición sistemática, de su imbricación sucesiva en los planos complementarios del único espectro solar: la luz de la forma y la consiguiente oscuridad de su entorno heredado, imagen correlativa del contraste de figura y fondo cuya específica explotación consuma la arquitectura blanca de la poética internacionalista (por lo demás evocada aquí sin ambajes); la luz del mensaje y la oscuridad del misterio cuya autoridad invoca y cuya sugestión lo compacta y sostiene; la luz rutilante del nuevo camino a emprender y la inevitable oscuridad del destino, de la meta incierta, el futuro a conquistar.

Ansias luminosas y entreveradas oscuridades alimentan en efecto, de manera más o menos filtrada, los resortes intelectuales, profesionales y existenciales de una generación de arquitectos que parece bascular, a la hora de hacer y argumentar sus opciones, entre la trágica rebeldía revolucionaria y el hábil oportunismo 'casual', entre el puro heroísmo quijotesco y el frío cálculo estratégico, entre el vibrante compromiso histórico y el entusiástico pero sumiso seguidismo para con la más rabiosa y palpitante moda 'extranjera', entre el voluntarismo de un empeño renovador definitivamente libre de servidumbres e hipotecas irracionales y la fe inconmovible en la potencia y virtualidad de su ignoto bagaje castizo, entre la entrega personal irrestricta e ilimitada a la más alta de las causas nobles y la ambición de éxitos dignos de tal nombre para sí y para su propio mundo, acaso a pesar de éste: venciendo su resistencia.

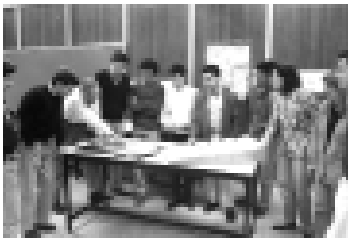
Precisamente, esa resistencia no es ya sólo la de la inercia de la enorme maquinaria del engranaje diario de los «cuatro elementos» telúricos, la del continuo y costoso rozamiento de la tierra y el cielo; a la rigidez de la alegre inocencia nativa del Cosmos se añade ahora la clausura subjetiva pero dominante, si no generalizada, del extremo cinismo tácito, inconsciente y «típicamente crepuscular» de la era y generación de la cul-

2. J. RAMÍREZ DE LUCAS, «Sobre el Pabellón de Nueva York», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p. 57.

3. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.17.

4. C. SAURA, «La madriguera», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.23.

tura de la sospecha, la de los célebres «hombres huecos» de Eliot. Hay que contar hoy por hoy con aquella resistencia que compone esta suma; y tal resistencia, ¿no es justo, en realidad, la misma que ha encontrado frente a sí sin excepción, a lo largo de su extensa tradición, la profesión profética?: ¿no es esta una profesión de perfiles malditos, ligada a las más crudas experiencias de rechazo y marginación, correlativa del desarraigo y el aislamiento? Acaso sea este verse irremisiblemente abocados al más desolado aislamiento lo que constituye a sus esforzados representantes en encarnaciones auténticas de su figura y su tesitura. Acaso por eso la «voz del que clama en el desierto» invoca y anuncia de manera implícita su pronta superfluidad y consiguiente desaparición, hablando de tiempos que no va a vivir. Acaso por eso de suyo el profeta anuncia calamidades, desgracias, apocalipsis, antecede a desastres y desventuras sin cuento; pero infunde también esperanzas: «Mi profecía para el siglo XXI —que no viviré— es que va a ser un siglo de grandes rectificaciones, que empezarán por la demanda y la aceptación del misterio, de la emoción»[5] .



Demanda y aceptación del misterio, por tanto; del pulso del sentimiento. Esta «demanda y aceptación» que se nos anuncia y exige, sin embargo, ¿no constituye, a la vez, la del propio papel histórico de adelantado de aquél que aparece dedicado a hacerlo, en la medida en que sólo desde ella se vuelve digerible? Misterio y Emoción son aquí en cualquier caso, lo mismo que Arquitectura, Idea, Historia o Arte y confirmando la abierta evocación de la reserva espiritual platónica, grandes (enormes) palabras, escritas —con trazo magnánimo y curvo— también con inicial mayúscula: con respeto y reverencia, con conciencia de su peso, de su carácter interpelante y convocador, y quizá con el terror invencible que se concede al poeta en la presencia del ángel rilkeano de las Elegías duinesas.

Ansias luminosas y entreveradas oscuridades componen de hecho, ante el fulgor cegador de tal celestial criatura y en la magia invenciblemente sugestiva de su inefable Misterio, la 'emocionante' escena del mirarse de estos hombres en las espectaculares experiencias y propuestas de la vanguardia europea, necesitando al mismo tiempo referirlas al orgulloso empuje y al poso incontestado de su tradición entre artesana y genética —la de la Alhambra y el Escorial—, tan brillante como injustamente olvidada; ella es ahora llamada a comparecer con la mayor formalidad, apertura y pujanza, en unas coordenadas de espacio y tiempo que propician y exigen el esfuerzo histórico de la reconciliación y el encuentro de los ciclos epocales y las culturas locales en pos del progreso; del Progreso con mayúscula: del Progreso de la Humanidad, del avance de la Civilización.

Pero este encuentro no hubiera podido nunca ser paulatino y discreto, mudo, ordenado, dulce y pacífico: habían de saltar las chispas: «La Arquitectura de Javier Carvajal, su trayectoria, su vida, ha sido muy brillante, fulgurante, desde los comienzos»[6] . No cabía la transición insensible y plana. Hacía falta un detonante, una primera explosión. Y esa explosión había de tener sus cebos, sus núcleos concretos: «... graduado el 53, es un representante, quizá el más espectacular y reconocido de la tercera

5. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal: 'La Arquitectura debe recuperar el misterio'», Nueva Revista, 58, 1998, p. 22.

generación madrileña de postguerra...», una generación que, marcada por la doble ligazón de su impulso interno, «el ascendiente racionalista» y «la inflexión orgánico-expresiva»[7], se habría abierto camino a fuerza de fuerza —contra «incontables barreras psicológicas y culturales»—, llegando a ganarse por momentos la abierta admiración mundial[8].

Y sin embargo aquí, más allá de cualquier posible tentación de relajación y complacencia en la cálida celebración de ese éxito, la aventura fue siempre vista e intensamente vivida por los más conscientes de sus protagonistas en clave de emplazamiento moral: «Fueron estos años vitales, por nuestra edad, apasionados y apasionantes y tal vez, por qué no decirlo, ingenuos, llenos de esperanzas que hoy son casi incomprensibles desde el escepticismo, la abulia, la indiferencia y el conformismo que invaden tantos campos de la cultura, de nuestra sociedad»[9] .

Escepticismo, abulia, indiferencia y conformismo —dicho sea sin ninguna dilación, quede claro cuanto antes— vendrían a ser los verdaderos males de nuestro tiempo. Ellos componen e identifican la contraimagen del compromiso total exigido a sus fieles por el proyecto histórico catalizador y motor de aquella aventura épica: «A veces, cuando se tiene mucho, no se comprenden los tiempos en que no se tenía tanto. A veces, los que no luchan no entienden a quienes lucharon para que otros no tuvieran necesidad de hacerlo. A veces, los que nada aportan no saben reconocer el valor añadido que rodea la vida y la obra de quienes sí aportaron su esfuerzo, asumiendo riesgos y comprometiendo aciertos...». A veces se nos olvida el ímprobo esfuerzo y el crítico riesgo de quienes, en los años cincuenta, hicieron de la arquitectura moderna, y con ella de la propia Arquitectura —de la arquitectura con mayúscula, de la arquitectura como disciplina impregnada de significado cultural y de implicaciones sociales, si no políticas, y poco menos que llamada a liderar el cambio histórico a partir de la toma de conciencia consistente en advertirlo— su credo y programa, su meta: «... Porque lo cierto es que, contra lo que muchas veces se dice y se acepta —por pereza intelectual, por desinformación o por manipulada mentira—, la Arquitectura española... nunca había vivido una etapa más dinámica, más rica, más esforzada, ni más comprometida con la construcción de una realidad distinta y nueva, que se pretendía mejor»[10].

A nada que se abandone o distraiga nuestra vigilancia la pereza intelectual, la desinformación y la mentira campan a sus anchas inficionando y hasta copando la escena. Es preciso sacudirse el efecto placentero y somnífero de la espesa capa de tópicos que enturbia las aguas y nos nubla la vista; el cual, si nos descuidamos, nos 'libera' —a pesar de la necesidad de ejercitarnos en el juicio crítico inhibiendo nuestra eventual iniciativa y anulando en nosotros cualquier capacidad de reacción.

2.

Iniciativa explosiva y capacidad de reacción: esto es lo que demuestran en grado sumo andaduras tan prietas y netas como las de los contados representantes genuinos de la vieja y penosa profesión profética.

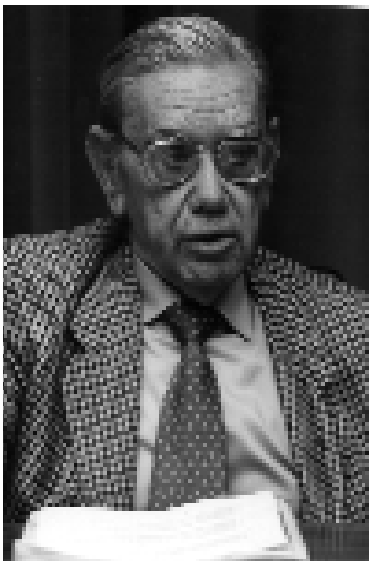
6. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», en AA.VV. (J.M. FERNÁNDEZ-ISLA y M. BARRIENTOS coords.), J. Carvajal Arquitecto, Fundación Cultural C.O.A.M., Madrid 1996, p. XI.

7. J.D. FULLAONDO, «De nuevo la torre de Valencia», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.27.

8. Cfr. J. RAMÍREZ DE LUCAS, «Sobre el Pabellón de Nueva York», cit., pp. 57 ss; y el recopilatorio «Comentarios ante el Pabellón de España (Nueva York 1964)», también en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., , pp.59 ss.

9. J. CARVAJAL, «Última lección académica», cit., p.74.

10. J. CARVAJAL, «Prólogo» en AA.VV., Lamela, urbanística y arquitectura. Realizaciones y proyectos 1954-1992, Xarait, Madrid 1993, p. 9.



Ni dejar pasar una ni descansar un momento, dedicados de hoz y coz a la Gran Pelea en sus diversas formas, a través de sus estadios sucesivos. Quienes hemos seguido a distancia su trayectoria le hemos visto como Decano de Colegios, Director de Escuelas e incluso político en ciernes —siempre al borde de la decepción y el desencanto—, aparte de como venerado Catedrático de Proyectos y autor prolífico, ampliamente reconocido dentro y fuera de nuestras fronteras. «En resumen: todos los premios, todos los cargos y los encargos, todas las publicaciones, todos los reconocimientos...»[11] : no hay trinchera que no haya habitado, remozado y azuzado a conciencia, en esa sin par batalla comprometida con la persuasión de que «... nada puede parar el impulso arrollador ni la obligación imperativa de sintonizar con nuestro tiempo y dejar constancia de nuestra propia originalidad creadora»[12].

Desde luego, también tal persuasión apareció y fue leída enseguida como profundamente política: primero, por la ausencia de cauces sistemáticos sectoriales y márgenes metodológicos orientativos; y segundo, por sus (consiguientes) pautas de traducción y formas de plasmación y comunicación. No en vano, entre otras cosas, su expresión es la propia del mitin; su tono, el de la proclama consabida, mil veces recitada y aprendida de memoria, no obstante vacunada frente a la rutina o el acostumbramiento: el del discurso enfervorizado, movilizador e interpelante, del avezado orador que declama ante las masas argumentos de eco tonante y aplastante contundencia; su objetivo, la reforma de las mentalidades y de la cruda realidad que las configura; su horizonte, unas ideas de desarrollo y realización humana, de mejora individual y social, de salvación y redención final, que trascienden francamente en todo caso el umbral de lo material.

«Ahora, al evocar su memoria aparece ante mí enjuto, alto, con la mirada brillante de inteligencia y de pasión, agudo, llameante en sus reacciones y en sus frases tajantes como latigazos, intuitivo, honesto hasta el

11. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», cit., p. XI.

12. J. CARVAJAL, «Nada es negativo», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.31.

13. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», Arquitectura, 268, p. 20.

14. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», cit., p. XI.

15. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 20.

16. J.D. FULLAONDO, «De nuevo la torre de Valencia», cit., p.28.

sacrificio, exigente para los demás y para consigo mismo, cordial con sus amigos, maestro para todos»[13]. Un personaje brillante: llameante, fogoso, flamenco; y en cualquier caso maestro. No obstante, hay algo esencial y bien claro de lo que nunca cabrá ya dudar: «Este es un verdadero arquitecto»[14] . Este es de nuevo en efecto el «... verdadero israelita en el que no hay doblez»: se identifica existencialmente con su tarea; y, en consecuencia, encarna y exhibe su mito, el de su profesión y el de esta misma encarnación: «Al escribir ahora estas palabras..., me doy cuenta de cómo y en qué medida no es posible separar su obra de su vida, apasionadamente vivida, en la que se funden el hombre y el arquitecto; porque la Arquitectura fue su dolor y su alegría, aunando pasión y serenidad en trepidante impaciencia, cargada de componentes éticas...»[15].

Cargada de componentes éticas se muestra con todo, de hecho y de derecho, esta figura que tal vez por eso aparece compacta y lineal como pocas, rotunda y ejemplar. Quizá precisamente esa fusión —unidad— del hombre y el arquitecto y de su suma con el papel de enviado y ministro probo de su embajada, constituya en el espacio que ella alumbra buena parte del nudo de lo ético; quizá por eso también «... encarna una imagen de arquitecto que los más avanzados niveles de crítica 'aggiornada' definirían como 'antiguo'»[16].

A nadie mejor que a sí mismo conviene seguramente el inconsciente relato reflejo: «Era un artesano que amaba su oficio de arquitecto desde el conocimiento de su realidad profunda, ...atento a la naturaleza de las cosas, sensible a las texturas de los materiales, enamorado del buen hacer, cuidadoso de la proporción, intuidor y constructor de espacios, ...con odio hacia las palabras vanas encubridoras de la realidad, arropadas con acentos de dogma. La Arquitectura era para él construir seria y apa-

sionadamente espacios para la vida, a la que hay que arropar de belleza, de elegante expresividad, nacida de la sobriedad de una expresión controlada, enemiga de lo superfluo»[17]. Enemiga de lo superfluo se revela en todo momento esta carrera esclava, volcada sin reservas en el empeño programático de servicio desinteresado al Misterio y a la verdad histórica —empezando por la relativa a la propia percepción de que es objeto—, amenazada con inédito descaro. Enemiga de lo superfluo es de hecho esta vida despreocupada de sí y desprendida de su tiempo: «... puse en el empeño todo el rigor y vigor de que fui capaz, sin preocuparme demasiado de mi provecho»[18].

Entrega total, una dedicación sin medida ni cálculo; todo el rigor, todo el vigor posible, al límite de las propias fuerzas, sin duda a remolque del reto de la pregunta por las fronteras de la energía humana: «Tesón, laboriosidad, íntegra dedicación a sus tareas múltiples con un asombroso rendimiento que le permite desarrollar la actividad de dos o tres hombres normales. Todo ello con enorme fe y sentido mesiánico...». Lo mismo que en el balcón de Pilatos, ahora ante los ojos sorprendidos de los sucesivos destinatarios privilegiados del 'espectáculo' insólito —generaciones y generaciones de estudiantes—, también aquí deberíamos saber distinguir ante todo al individuo donado, desposeído y exhausto; también aquí se proclama, al final: Ecce homo! Fe y sentido mesiánico constituyen al cabo el eje de la identidad también humana, y el referente estático y fijo de la aguda conciencia crucificada, de eso que en todo momento aparece como un vendaval moral, auténtica fuerza proteica: «... Su fe en la arquitectura, su fe en la función permanente del arquitecto, casi podríamos decir en la misión del arquitecto, es de firmeza inconmovible. Fe que se basa en el convencimiento de que en la medida en que la vida del hombre tiende a desarrollarse en un medio artificial, la calidad estética de este mundo reviste la mayor importancia"[19].

Tanta importancia reviste la empresa, así la meta como la ingente tarea de hacer por mostrarla, que justifica la entrega sin tasa a la predicación y la brega que redunda en la radicalidad de una opción por la docencia convertida en destino: «A título personal, puedo decir que mi actividad de profesor ha sido y sigue siendo una de las más gratificantes de mi vida, y tal vez la única de la que me siento verdaderamente orgulloso...»[20]. La profesión profética, incluso, lo es —resulta sostenible— precisamente en la medida en que se convierte o precipita en función y vocación pedagógica: «... la docencia (al margen de compensaciones económicas, deplorables), ...es una de las actividades más gratificantes que existen en el mundo, por la compensación que supone el descubrimiento, en cualquier alumno, de ese brillo en la mirada que se enciende porque hemos conseguido decir algo que dejará huella en su corazón a lo largo de toda una vida, o porque lo dicho por nosotros resuena en ellos y les abre puertas que les servirán para siempre; ese momento de alegría compensa de todos los esfuerzos, de todos los desánimos (que también existen)»[21].

Desde luego, también hay fracaso: «Quiero traer a vuestra consideración una curiosa conversación mantenida hace casi diez años con un alumno con el que me tropecé a los dos años de terminar su carrera. El muchacho, con un aire petulante y retador, me dijo más o menos lo

17. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 20.

18. J. CARVAJAL, «Última lección académica», cit., p.74.

19. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», cit., p.16.

20. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p. 23.

21. J. CARVAJAL, Sobre la génesis del proyecto. A propósito del nuevo edificio de bibliotecas de la Universidad de Navarra, T6) Ediciones, Pamplona 1997, p. 6.

siguiente: 'Ahora ya sé en qué consiste ser arquitecto, que es algo muy distinto de lo que usted enseña en la Escuela; y gracias a eso tengo ya muchos encargos...»[22]. Poco queda ya que hablar con quien, después de tantas horas de intimidad, de zozobra compartida —de franca apertura y de intenso contacto—, fija su norte exclusivo en el número. Tener muchos encargos podría resultar sospechoso; buscarlo a toda costa puede ser incompatible con el servicio abnegado a la causa a la cual nos debíamos: este servicio, según la experiencia, exige renuncia.

Al buen arquitecto, al arquitecto consciente, entregado a la magia del Misterio de la superación de la angustia de existir en la detención del espacio y del tiempo que determina cada vez su fugaz encuentro con la Belleza, le faltarán los encargos; no se verá comprendido, luchará a brazo partido remando contra corriente y sin ninguna seguridad de avanzar. Tendrá enemigos. Encontrará ciertamente enemigos por doquier. Los acabará identificando en quienes no entienden la arquitectura, en quienes la traicionan con mayor o menor culpabilidad de conciencia, en los pedantes, en los monopolizadores de la verdad, en quienes se dejan llevar de los 'ismos' y las modas, en quienes desprecian la historia o la sacralizan abusivamente, en quienes incurren en los vicios de la superficialidad, el cinismo y la impostura. Recibirá de ellos tan sólo el olvido y el silencio.

«Y de repente se hizo un largo silencio...»[23], «... tan absurdo como injusto»[24] : «Durante muchos años le han faltado los encargos y se ha sentido aislado e injustamente olvidado»[25]. Ningún testamento intelectual

22. J. CARVAJAL, Curso abierto. Lecciones de arquitectura para arquitectos y no arquitectos, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1997, p. 145.

23. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», cit., p. XI.

24. M. PEIRE y J.M. FERNÁNDEZ ISLA, «Sobre la obra de Javier Carvajal», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.11.

25. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», cit., p.20.

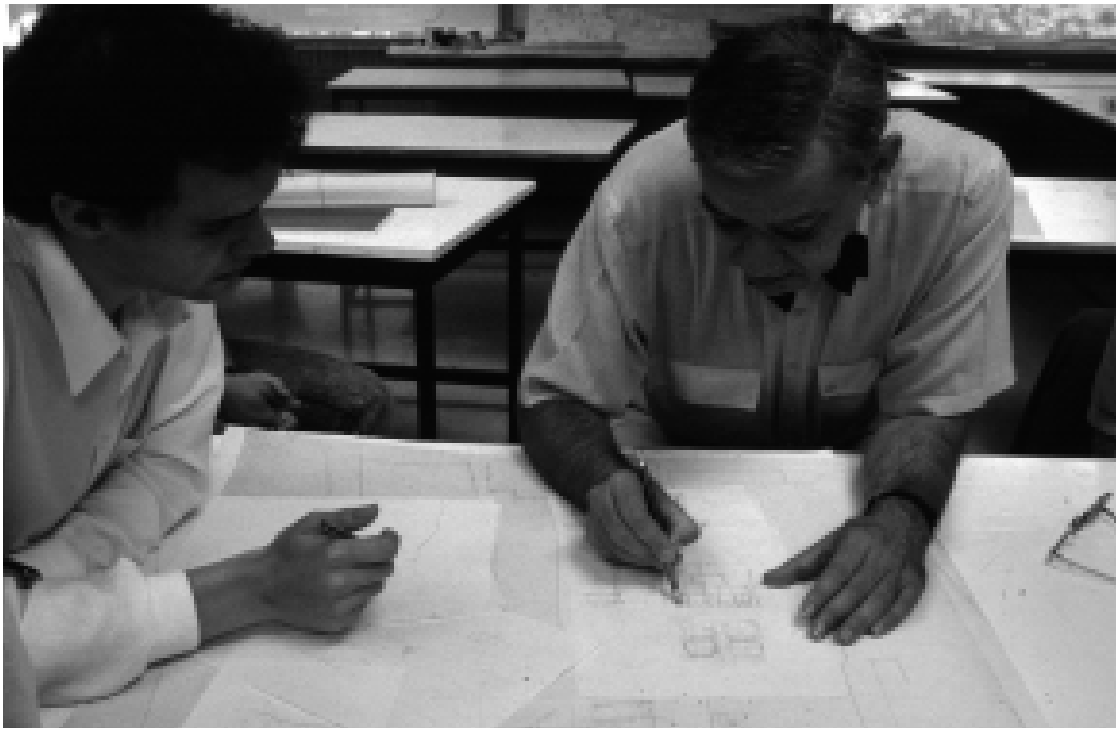
26. J. CARVAJAL, «Última lección académica», cit., p.75.

27. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 20.

28. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 30.

29. J. CARVAJAL, «Cuando todo empezaba», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p. 53.

30. J. CARVAJAL, «Última lección académica», cit., p.75.



hubiera podido obviar la obligación de anotar semejante desenlace, y menos aún habida cuenta de su preciso y decisivo lugar en el marco del desarrollo de la propia empresa profética: «Mi posición intelectual, claramente definida en el plano ideológico, me llevó a enfrentarme contra el oportunismo demagógico y politizado... La descalificación, la mentira y el silencio se ensayaron con éxito en aquellos turbulentos tiempos que ni siquiera fueron heroicos... también por el abandonismo final de los más obligados, precursor tal vez de la inhibición y el egoísmo generalizado que nos inunda ahora... Fue precisamente en esos años cuando se generó la marginación a la que se me ha sometido durante casi quince (a partir de 1976) y que ha convertido mi vida en una especie de largo exilio interior, no ciertamente deseado, que no ha conseguido vencer mi esperanza»[26].

Tan sólo hay un arma, un resorte: «... sinceridad y lúcido análisis»[27] . La gallardía de la coherencia e integridad personal —«Nadie nos ha forzado a tomar nuestro camino»[28]— evita, por lo demás, el derrotismo apocado y lastrante que subyace en el tibio refugio en la queja: «Ya no más letanías de quejas, del mal que hacen otros, del daño que nos hicieron, de incomprensiones e ignorancias, porque la crítica ha sido hecha y las responsabilidades están repartidas»[29] . Eso sí, la dignidad exige seguir llamando a las cosas por su nombre: «No protesto, pero no quiero soportar la mentira. No me quejo, pero quiero dejar constancia. Ni me lamento tampoco, porque no soporto la autocompasión lagrimosa. Fueron años duros y se me ha hecho pagar muy cara la fidelidad a mis propias ideas y mi entrega a la profesión y a la docencia»[30].

31. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 20.

32. Cfr. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 69 ss.

33. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 21.

34. Esta es una de tantas frases rotundas que han venido trufando a lo largo de los años el discurso docente de Javier Carvajal, una de esas máximas constantes que quienes hemos sido alumnos suyos le hemos oido remachar poco menos que centenares de veces. Lo mismo cabría decir de un buen número de las sentencias recogidas en el texto, referenciadas en las publicaciones de sus escritos.

35. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 96.

36. Id., p. 80.

37. Id., p. 96.

38. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», cit., p. XI.

39. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 154.

Ninguna queja, por tanto: ningún rencor. Y sin embargo, tan formal e insistente renuncia al lamento no hace sino dar forma a la gran queja que el desgarro que subyace en la entereza y nobleza del esfuerzo por superarla formula y compone paradójicamente, esa entereza y esa nobleza «... que convertían en furor humano el rechazo a tanta torpeza, pedantería, tópico y zafiedad del entorno que le hería. Muchos no le comprendieron y tal vez nunca le comprenderán: ni los que se dejan comprar, ni los que se venden ni los que transigen con la obra mal hecha, ni los que no entienden que se pueda vivir sin fisuras, los que no se exigen, los que odian, los que envidian y los que copian»[31].

No hay queja ya, en fin, sino en clave de triste constatación, dolida y fatigada, a modo de acusación ya casi sólo descriptiva, libre de amarguras y de rencores tanto porque no deben tener cabida en el marco de las exigentes leyes defensoras de aquella intachable entereza de ánimo, cuanto acaso, a la vez, por el hecho de que justo su intensidad los hace inviables por imposibles de saciar e incluso de tramitar, componer y fijar.

3.

La desolación del panorama sólo admite una salida: continuar «hablando de arquitectura». Y hacerlo es oponer «unidad y complejidad»[32] y profundizar en «... la duda ante lo excesivamente racional, lo excesivamente cierto, el rechazo de un concepto de verdad que excluye otras verdades»[33], ya que «lo contrario de una verdad profunda suele ser casi siempre otra verdad profunda...»[34]. Hay que comenzar sin duda recordando que: «El proyecto nace de la idea»[35], «... lo mismo para construir un rascacielos que para construir un cortijo»[36], si bien «... la creatividad arquitectónica no termina en la sugerencia de la idea, sino en los detalles constructivos que concretan cada centímetro de la obra»[37]. Pero sobre todo, hay que tratar de la apasionante aventura de dar forma material a la vida humana «... con la sabiduría de quien, tras proclamar que la arquitectura es un 'arte con razón de necesidad' sabe bien que la Belleza, también la de la arquitectura, es de primera necesidad para el hombre»[38].

Hay en efecto algo claro e incontestable sobre lo que hacer por construir nuestro curtido andamiaje: «... cuando nos enfrentamos a una puesta de sol sobre los campos dorados de Castilla, lo que menos importa es el dato o el análisis... Lo esencial es que la emoción 'nos coge' y, frente a ella, sólo podemos callar y contemplar, sin preguntar por qué»[39]. Esa emoción no es trivial, sino real y palpable y en consecuencia fundante. Lo es su belleza; por eso se impone evocarla para entregarse a su ley.

También esta palabra, Belleza, exige la inicial mayúscula para contrarrestar el rubor de la mera reiteración de lo obvio y común, de la abierta exposición de lo íntimo y de la eventual parálisis del discurso ante lo que se muestra a la vez demasiado directo e ingenuo y demasiado elevado y lejano: ante el umbral de lo impronunciable. Es bajo esta guía como ha de entenderse la arquitectura como tarea y como profesión: «... ni sólo arte ni sólo técnica, compleja y contradictoria pasión de un quehacer que,

40. J. CARVAJAL, «José Antonio Coderch de Sentmenat», cit., p. 21.

41. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 156.

42. Id., p. 157.

43. Id, p. 174.

44. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p. 15.

45. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., pp. 85-6.

46. Id., p. 90.

47. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p. 19.

usando esas herramientas, hace su camino pensando en el hombre que se debate en el misterio»[40].

«El arte establece el vínculo de una emoción compartida... El arte, desde siempre, une a los hombres con el misterio»[41]; «... Realidad, sugerencia y misterio son tres conceptos que engendran la belleza y la emoción que el hombre necesita, más allá de las estrictas funciones del comer o el dormir, del trabajar o el asistir al teatro»[42]: «No renunciéis jamás a la emoción, porque en la emoción resuena la verdad»[43]. Continuos puntos y aparte añaden al insistente discurso que lo subraya una imagen a la vez poética y de manifiesto, reveladora de la satisfacción que desbordan sus frases cerradas, redondas, cargadas de certidumbre, ansiosas de expresividad y de empuje y potencia de impacto: sus sentencias proverbiales, verdaderamente testamentarias. En el seno de la reflexión sistemática que componen bajo el equívoco tono dialógico propio de esta espesa reconvención, tan afecta a las definiciones, la arquitectura es objeto de estudio como disciplina social, transitiva: «Belleza expresiva sin eficacia de uso: eso es arte; eficacia de uso sin belleza expresiva: eso es ingeniería; eficacia más expre-

48. J.CARVAJAL, «Hablamos con nuestras obras», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.41.

49. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», cit., p.17.

50. J.D. FULLAONDO, «De nuevo la torre de Valencia», cit., p.28.

51. Ibidem.

52. A. CAMPO BAEZA, «El arte cincelado. La arquitectura de Javier Carvajal», cit., p. XI.

sión: eso es Arquitectura. Siempre he entendido que la Arquitectura no puede separarse de la voluntad de servicio. Servir dando eficacia, servir dando emoción y belleza. La Arquitectura es, en su sentido más profundo, eficacia significante»[44].

Sin embargo: «En general, la sociedad entiende mal lo que es la arquitectura y lo que los arquitectos representan y hacen dentro de su amplio marco... En general (siempre en general) se opina que la arquitectura es un arte y que por eso los arquitectos... son caprichosos, engreídos, ligeros, manirrotos e intransigentes en la defensa de lo que hacen»[45]; «¿Qué otro veredicto es posible después de tanta injusta requisitoria? Sólo uno: 'Los arquitectos —así, de forma generalizada— son todos incompetentes, insensibles, caprichosos, y por lo tanto culpables'»[46] . Ahora bien, no se puede pedir comprensión y paciencia a base de gritos e insultos; no cabe esperar indulgencia y perdón de quien a duras penas nos sufre y padece sin un previo autoexamen sincero acompañado del correspondiente ejercicio de contrición. «No se puede pedir comunicación cuando la Arquitectura se propone como un mero juego constructivo que olvida el servicio al otro, a su destinatario, y se convierte de esa manera en un expresionismo individual del arquitecto... Si la Arquitectura pierde su compromiso de servicio al hombre, el hombre se desentiende de la Arquitectura... Cuando la Arquitectura recobre su lenguaje y estructura de servicio, será valorada como tal y recuperará su papel de signo de la sociedad, la misma que hoy se desentiende de ella»[47].

La conclusión, casi forzada, apenas débilmente impregnada de penumbra, se encuentra no obstante ante el destino paradógico a que la abocan justo sus límites inevitables: ellos la ratifican y trivializan al mismo tiempo, confirmándola pero volviéndola a la vez lejana y poco menos que metódica y protocolaria. Al fin y al cabo, en efecto: «Los arquitectos sólo hablamos claramente con nuestras obras, y lo que queremos decir, lo que sabemos decir, lo decimos a nuestra manera: lápiz sobre papel primero, con acero y hormigón más tarde, día a día entre andamios, hasta que la obra terminada grita su realidad más acá y más allá de toda explicación, de

53. J.D. FULLAONDO, «De nuevo la torre de Valencia», cit., p.28.

54. I. BLANCO, «Javier Carvajal: los croquis», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.25.

55. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», cit., p.16.

56. Id., p.15.

57. M. PEIRE y J.M. FERNÁNDEZ ISLA, «Sobre la obra de Javier Carvajal», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.11.

58. Ibidem.

toda apologética, de toda excusa, de toda defensa...». Sólo las obras nos dirigen «... palabras que cantan y gritan y que, como tales, no necesitan segunda explicación ni elaboración hermenéutica»[48].

Nos las habemos, por lo demás, con una arquitectura «... afirmativa y segura, donde no parece asomarse en ninguna ocasión la perplejidad, el titubeo, la duda o la ironía»[49]. A la hora de explicarla, «... podría hacerse referencia a la atmósfera psicológicamente optimista, arrogante, afirmativa y monumental, el encadenamiento a una óptica tradicionalmente formal de la belleza, la relativa falta de dudas, tan diversa del crítico panorama del momento presente, la individualidad 'artesanal', etc.»[50]. En todo caso, la empresa se manifiesta afirmativa y segura: «Arrogante, virtuosística, algo prendida de elocuencia retórica..»[51], esta obra pone de manifiesto una «... pasmosa habilidad para articular espacios, para engarzarlos»[52] y nos «... revela un arquitecto que todavía no se encuentra de vuelta, el creador ...externamente polémico, nostágico... que se halla aún en el primer tiempo de su viaje exploratorio de la realidad, propicio a la estupefacción afirmativa ante el panorama externo, creativamente feliz, de alguna forma 'revolté' contra las enunciaciones mecanicistas de nuestra sociedad»[53].

4.

«Las gafas encima del tablero. Pinzando el lápiz, como si de una presa se tratase, dibuja y dibuja sin parar. Proyecciones, cotas, desarrollos de escaleras, notas y colores. Convierte la geometría en arte... Todo queda marcado —secciones, plantas y alzados— en el mismo dibujo. Dibujo armado... Toca el dibujo de tal forma que sale en relieve ... pone cotas hasta en el agua... Sus croquis pesan más de lo normal. Se te hunden en las manos»[54]. El resultado no podía ser sino una obra optimista y monumental, pero también eficiente y seriamente rigurosa, efectiva y profesional: «Facilidad aparente, virtuosismo formal, pulimentada elaboración, son los aspectos más externos de una obra que, al ser analizada profundamente, se nos ofrece como muy seriamente estudiada a todos los niveles, eficaz y funcional, en la que la relación entre función, proceso constructivo y forma se produce siempre dentro de los límites de rigor exigibles a toda arquitectura»[55].

La arquitectura de Javier Carvajal, en efecto, «... se nos aparece brillante, pulida y con extraordinaria perfección formal a nivel de ejecución y diseño. Diríamos que esta es la impresión primera de quien la contempla. Pero su calidad de ejecución es muy superior al medio tecnológico en que se produce; y a los profesionales... nos sorprende el grado de perfección alcanzado en la obra de Carvajal...»[56]; de ahí que «... considerar sus edificios únicamente como bellos ejemplos de composición y virtuosismo se nos presenta no sólo como un defecto de miopía aguda, sino más bien como una renuncia premeditada a la comprensión de la obra de uno de los autores indispensables para el conocimiento de la arquitectura española contemporánea»[57].

Hay pues aquí muchas dosis de «... estricta perfección formal, ...profunda densidad de postulados, ...elegancia y temperamento»[58]. Y nada de esto es gratuito: «Sabemos que para alcanzar tales resultados es

59. J. CANO LASSO, «Sobre la arquitectura de Carvajal», cit., p.15.

60. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 145.

61. J. CARVAJAL, «Hablando con los profesores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra... y con muchos otros», en AA.VV., Hablando de arquitectura, Eunsa, Pamplona 1978, p. 17.

62. Ibidem.

63. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 122.

64. Id., p. 81.

65. Id., p. 82.

66. Id., p. 89.

67. Id., p. 174.

preciso un estudio completísimo del proyecto en todos sus detalles, una asidua vigilancia de la obra, un gran conocimiento de la tecnología de la construcción y unas especiales dotes de mando y organización»[59]. Para esta tarea se exigen estudio completísimo, gran conocimiento y dotes de mando y organización; y algo de esto es lo que la palabra anticipatoria de la conciencia profética reivindica y recuerda de cara a afrontar el futuro inmediato: «En un futuro, no demasiado lejano, la sociedad nos pedirá (a los arquitectos) sólo dos cosas: creatividad y coordinación»[60].

Desde luego, «... debe tenerse clara la idea de la necesidad de una constante renovación». Incluso, «... toda continuidad es cambio»: sólo adaptándose a los tiempos se puede sobrevivir. Y todo progreso exige un cambio: «... Porque todo progreso es cambio, en tanto que no todo cambio es progreso»[61]. Los juegos de palabras asumen a conciencia la carga de evidentes remisiones y evocaciones implícitas, concitando una atención teatral que convierte los enunciados en dardos. Ahora bien, aquella constante renovación a que se nos convoca, por más que deba ser en último extremo la que esta misma constatación realiza, sería también aquella que ha de perseguirse en el terreno docente, y viceversa: es justo en el terreno docente donde dicha renovación pide ser buscada, promovida, suscitada; y esto «... sólo puede conseguirse por una auténtica adecuación entre las enseñanzas que se imparten y las realidades profesionales a las que se pretende servir»[62]. Porque, bien mirado: «¿De qué armas hemos sido dotados en nuestros años escolares para librar las batallas necesarias? Yo diría, sin querer ser injusto, que sólo del dibujo»[63].

Parece, sin embargo, que nadie quiera darse cuenta: «¿Cómo no intentamos dibujar cuanto antes el perfil del nuevo arquitecto que precisamos?... ¡Pues qué mal!... ¡Qué mal tanta ceguera, tanta acomplejada resignación, tanta pereza!»[64]. Qué mal que nadie escuche el acuciante aviso, que nadie atienda a la advertencia más apremiante y más cruda; que nadie aprecie el significado dramático del aspaviento extremo del último y más abnegado de los profetas; qué mal que nadie se fije en sus ostensibles gestos ni advierta que encierran tanto esfuerzo, tanta pasión, tanto riesgo; que constituyen no sólo el objetivo sino también el precio de una vida tan intensa, más allá del sentido de toda la densa carrera que la recorre y la llena.

«Dios quiera que mis palabras resuenen en muchos para seguir dando vida a la arquitectura como factor de cultura que a todos nos conmueve. Aunque el panorama inmediato no permite demasiados optimismos»[65]. Sólo esos incautos optimismos excesivos pueden llegar a explicar «... tanta ceguera, tanta acomplejada resignación, tanta pereza».

No caben ciertamente demasiadas alegrías: «Pero, si se tiene vocación, no se puede desfallecer»[66]. Mientras hay vida hay esperanza: «Louis Kahn nos dijo: 'Todo cuanto hay de bello en el mundo es mío'. Repetidlo cuando tengáis dudas: 'Todo cuanto hay de bello en el mundo es mío'»[67].

68. Id., p. 98.

69. Id., p. 14.

70. J.CARVAJAL, «Hablamos con nuestras obras», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.41.

71. J.CARVAJAL, «Carta a Don Casto Fernández Shaw», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.39.

72. J.CARVAJAL, «Un escrito de hace 20 años», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.34.

73. J. CARVAJAL, «Cuando todo empezaba», cit., p. 55.

74. J.CARVAJAL, «Ciudad y naturaleza», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.50.

75. Id., p.52.

La Belleza es un puerto disponible e indiscutible, irrenunciable. La atracción de la imagen asoma con fuerza por encima de la red de intereses mezquinos y oscuros que nos acosa de modo constante: «Pero sí digo que dentro del marco económico establecido por los condicionantes del proyecto, la atracción de la imagen es sin duda el mejor argumento que se puede emplear para ser comprendidos, para mostrar la imagen de lo que queremos que llegue a ser. Más allá de eso queda todo lo turbio, todo lo corrupto —¿cómo ignorar el mundo en que vivimos?—: todas las mañas que con tanta soltura se manejan, todas las marginaciones que excluyen y silencian, todos los torcidos intereses del compadreo y los oscuros intereses compartidos»[68]. Falsedades, marginaciones, agresiones e incomprensión se perfilan con insistencia como demonios incombustibles de una biografía compleja que se resiste a ser divulgada y expuesta a la luz: «Porque casi siempre, cuando se sabe demasiado, mejor es callar»[69]. Mejor es callar, entregarse al silencio de la humilde resignación de Moisés, la de quien ha de conformarse con la satisfacción de regalar por vez primera la vista en la imagen casi tangible de las feraces llanuras de Canaán, renunciando definitivamente a pisarlas: la de quien se sabe transitorio, pasajero y fugaz.

Los años, las épocas, las generaciones, pasan deprisa, se esfuman antes de que nos demos cuenta: el tiempo, «... ese tiempo nuestro terriblemente mudable que hace viejo hoy lo que aún ayer era promesa»[70], «... se nos va de entre las manos sin hacer tantas cosas que verdaderamente debíamos hacer...»[71]. Urgencia y conciencia de nuevo, deber y misión. Sólo cabe hacerse cargo de que ahora es el momento de preparar el futuro y ponerse a trabajar, también para extender la llamada: «El futuro feliz no será ciertamente el regalo a nuestra siesta. No, el panorama no es demasiado alegre. Sólo una cosa puede cambiar el signo del pronóstico: recuperar el tiempo perdido, trabajar desde ahora mismo pensando que el futuro ya ha llegado. Situar sin palabrería ni demagogias al hombre en el centro de todas las cosas, encauzar a su fin el progreso de las técnicas, rehacer a su entorno la unidad de la vida. Planear y hacer»[72].

Planear y hacer, por lo tanto: «Lo que importa es querer y saber qué se quiere y por qué»[73], aunque pueda no resultar tan sencillo expresarlo. Acción , transformar, renovar, remover: esto es lo que se impone de manera perentoria frente a la sigilosa y letal amenaza de la esclerosis global a que hacen por arrastrarnos nuestras inevitables debilidades y tantas complicidades mezquinas e inicuas. El problema radica en «la visión fatalista» que nos lleva a a«aceptar lo que odiamos como un mal necesario»[74]: «... la dificultad mayor es vender la inercia de las ideas preestablecidas. Imaginar es casi resolver los problemas»[75]. Las circunstancias apremian: urge salir del marasmo y vencer de una vez esa inercia para aplicarse al trabajo, sobre la base de la fe incombustible en el hombre y en la arquitectura como ofrecimiento al futuro que ha de hacer por labrarse con un esfuerzo consciente que se impone a toda costa suscitar en él.

76. J.D. FULLAONDO, «De nuevo la torre de Valencia», cit., p.40.

77. J. CARVAJAL, Curso abierto..., cit., p. 144.

78. J.CARVAJAL, «No nos sirven», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.35.

79. J. CARVAJAL, «Cuando todo empezaba», cit., p. 53.

80. J. CARVAJAL, proemio en AA.VV., Hablando de arquitectura, cit., p. 15.

81. J.CARVAJAL, «No nos sirven», cit., p.35.

5.

Pero aquella fe es también la misma que reserva en absoluto la razón a aquello que la desafía, a lo que trasciende sus límites, «... testimonio contradictorio de una inestable, obsesiva, interrogante vocación de trascendencia»[76]. Inestable, obsesiva e interrogante es esta tensión hacia el misterio de lo innombrable que culmina la necesaria direccionalidad de la angustia.

Precisamente, el «me angustio porque existo» de Kierkegaard perfila la imagen de ese hombre por redimir que encuentra en la Belleza el bálsamo cuyo milagroso y misterioso efecto le permite subsistir; del hombre que, «... perdido, busca respuestas que sean evasiones a la angustia radical de su existencia...: 'Nos angustiamos porque nos sabemos crucificados en el espacio y en el tiempo; sé que mi angustia cesa cuando logro desclavarme de esa cruz, cuando logro huir del tiempo y del espacio... Yo tengo experiencias que me dicen que hay momentos inefables de felicidad en que ni el tiempo ni el espacio cuentan, en que la angustia cesa cuando me olvido del tiempo que transcurre y del lugar donde me encuentro'. La belleza es una de esas manifestaciones donde la emoción anula al tiempo y al espacio... El arte tiene para el hombre un indudable carácter liberador que nosotros, desde la fe, entendemos de manera muy distinta, como la manifestación del Señor del espacio y el tiempo...»[77].

El espacio y el tiempo se dan siempre cita, con precisión milimétrica y con la contundencia de un rayo, en nuestras propias encrucijadas vitales reclamando total atención, consciencia y respuesta específica: «No podemos seguir ignorando que el futuro se ha hecho presente. Ni permanecer anclados en el pasado sin abordar el mañana como una realidad viva»[78]. Otra cosa bien distinta es que, tras la intuición del análisis, sepamos cómo acertar en nuestra concreta tarea prospectiva y proyectiva. La carga de riesgo e incertidumbre de nuestras visiones y opciones resulta ineludible, no se puede escamotear: «Dicen que andamos a tientas..., no sé; sé que intentamos caminar hacia el sol»[79].

82. Id., p.36-7.

83. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p.222.

84. Id., p. 28.

«Estas ideas no forman un todo cerrado con principio y fin; son más bien un puñado de cosas que están vivas y tienen la virtud de una promesa: la de seguir buscando, entre todos, una respuesta mejor»[80]; lo que es decisivo es tener el diagnóstico: «Nuestras ciudades no nos sirven y sin embargo continuamos en nuestros lamentos, sin poner mano para enderezar sus errores... Nuestra Sociedad urbana cruje hasta los huesos... No queremos verlo, pero es el porvenir de la propia Sociedad lo que se pone en juego, en el desequilibrio psíquico de los individuos y de las masas que aún sonríen lastimosamente en medio del caos, inconscientes de la catástrofe»[81].

También Sociedad, desde luego, debe escribirse con inicial mayúscula. También lo que esta palabra significa ha de ser reivindicado y restablecido: «Se ha roto la convivencia y el hombre, que no puede vivir socialmente sin convivir en medio de los hombres, padece en su soledad el vértigo de la locura... Nuestras ciudades han sido víctimas de un proceso desintegrador que no han sabido superar... Así, al afrontar la fase de respuesta, la visión fragmentaria y especialista ha seguido prevaleciendo frente a la visión integradora y sintética que exige la solución de unos problemas que tienen al hombre como centro y a su felicidad como objetivo... Nuestras ciudades no son respuesta unitaria y armónica a una convivencia entrecruzada y jubilosa sino superposición caótica de respuestas e intereses parciales, contradictorios y muchas veces excluyentes a problemas inconexos que convierten en angustia la aventura del progreso...». Esta situación «... arrastra en sí el germen... de la deshumanización de la cultura moderna, tan ligada al tecnicismo, y nos explica muchas deformaciones, fracasos, porque a su luz la experiencia humana se nos muestra fragmentaria e inconexa, como yuxtaposición de elementos parciales no relacionados entre sí ni encaminados a un fin». Es esta disgregación moderna lo que se trata de trascender, denunciar y arrumbar en todos los órdenes, el racionalismo ingenuo y lineal, unilateral: la ruptura de la unidad que desemboca en la «... triste realidad que clama por la urgencia de una revisión que no puede ya aplazarse»[82]; nos encontramos inmersos en la confusa situa-

85. J.CARVAJAL, «Carta a Don Casto Fernández Shaw», cit., p.39.

86. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p. 20.

87. J. CARVAJAL, La Arquitectura del siglo XX y la crisis de Europa, Lección Magistral de la Apertura del Curso 1980-1 en la Universidad de Navarra, Pamplona 1980, p.98.

ción a que conduce la exaltación desabrida y fragmentaria de los particularismos, llamada a redundar sin duda en resultados perversos, en frutos paradógicos: situación que llama a una tarea en que a la arquitectura se reserva un marcado protagonismo.

«Lo que ha muerto definitivamente es la modernidad, entendida como el culto a la razón por encima de cualquier otra cosa»[83]: «... nacida de la reforma protestante y la ruptura del orden de la cristiandad, buscó una nueva referencia común para el acuerdo de los hombres, que hasta esa ruptura se encontraba en la verdad revelada y universal. Así llegó la razón, la razón demostrable, la razón científica, la razón de lo mensurable, lo investigable y demostrable»[84]. Y ahora nos toca movernos entre sus feos despojos, entre sus restos fragmentarios y los últimos movimientos de su deriva inercial.

Es ahora, en efecto, cuando nos enfrentamos a las ruinas de esa razón racionalista, llena de rigideces, ya contenidas en estado germinal y larvario en los momentos más brillantes de su ingenua exaltación festiva; ahora, «... cuando las modas se imponen y mueren, cuando tanto mimetismo engaña la vista clara, cuando tantas revistas y publicaciones dan fácil alimento al hambre trepadora de falsas genialidades...»[85]. Tal es el clima en el que surge poderoso el espejismo de la deconstrucción, que no sería sino la devastadora sustantivización de un terrible vacío, de una ausencia clamorosa: «La deconstrucción es la traducción arquitectónica de la cultura del caos. Espacios intersticiales, fisuras, desplazamientos y fragmentaciones no son otra cosa que mecanismos formales que no se reclaman ni necesitan, mientras que 'programa', 'estructura' y 'belleza' hablan directamente de necesidades generadoras de la Arquitectura»[86]. Cultura del caos frente a arquitectura, contra la Arquitectura con mayúscula, contra esta digna disciplina acreditada y respaldada por su densa tradición, espléndida e inveterada, que nos juzga con implacable dureza y suscita nostalgias irrefrenables, reivindicando con progresiva fuerza un reconocimiento histórico y su consiguiente rehabilitación.

«Hay en el aire una nostalgia del tiempo perdido...».Esta es la conclusión despiadada que arroja el discurso, teñida hasta el extremo del vértigo de los «grandes relatos» sobre el cual se construye y difunde: «La Humanidad creyó con brutal soberbia... tener al alcance de las manos un nuevo Paraíso vacío de Dios, sustitutorio del Paraíso perdido. Hoy esta loca quimera no existe. Y el hombre se revuelve angustiado en su hambre de reencuentro»[87]. Sólo con estas grandes y gruesas palabras, con abreviaturas conceptuales tan crudas y clamorosas, cabe hacer frente (y quizá justicia) a la entidad y la urgencia de la empresa que identifica una frontera tan absoluta, ejemplar y axiológica; sólo ellas han podido construir y armar la férrea estructura lineal de esta figura moral, de su obligada estatura emblemática. Sólo ellas podían dar forma a su historia, forzando al espectador ajeno a acabar por sentirse culpable, cuando menos de tibieza e indolencia, de indiferencia y pasividad.

88. I. VICENS y R. LLANO, «Entrevista a Javier Carvajal», cit., p. 29.

89. J. CARVAJAL, Sobre la génesis del proyecto... , cit., p. 5.

90. J. CARVAJAL, La Arquitectura del siglo XX y la crisis de Europa, cit., p.98.

91. J.CARVAJAL, «En memoria del Arquitecto D. Modesto López Otero», en AA. VV., J. Carvajal Arquitecto (1991), cit., p.43.

92. J.CARVAJAL, «Carta a Don Casto Fernández Shaw», cit., pp.39-40.

El eco de su última frase —«El siglo XXI, así lo veo y deseo, será (estoy seguro) un siglo de grandes rectificaciones morales» [88]— parece llamada a prolongar, por encima de sus iniciales exigencias, «... esas horas esperanzadas que hemos vivido juntos»[89], preservando la vitalidad de la expectativa que constituye el proyecto y poniéndola en marcha con la modesta pero efectiva aportación que esta misma evocación constituye en orden a su ansiada realización. Una realización en relación con la cual sin duda nos seduce de manera especial —son también los signos de los tiempos— aceptar ver su empuje emergiendo «... desde la eterna Europa, Ave Fénix que ha de renacer de sus cenizas por encima de ideologías contrapuestas, superando encontrados intereses económicos, contra la avaricia de los mercaderes y las mentiras sectarias de los políticos; desde la Europa del pensamiento y de la idea, de los filósofos y de los teólogos, de los científicos, de los pintores, de los músicos, de los escultores, (de la que) nos llegan palabras que denuncian el caos»[90].

Mercaderes avaros y políticos mentirosos componen la contrafigura directa de la correspondiente a los generosos y fieles artífices de aquella realización, la de la 'idea' europea; y no pueden sino ser dejados de lado: «Su repulsa la guardaba para para los incapaces, los faltos de sensibilidad, los que ven en la profesión un mero escabel económico...». Ahora bien, estos no constituyen ya aquí enemigos concretos; son más bien paradigmas teóricos, el enunciado de los peligros a prevenir en campaña y de los vicios a condenar por mor de la claridad y definición del mensaje. Frente a ellos, por contraste, «... su comprensión se extendía a todos los que buscaban apasionadamente, lealmente, el eterno camino de la arquitectura, fuera cual fuese su andadura»[91].

En fin, si hay alguien acreditado como adalid y modelo de la asunción y encarnación de esa lealtad apasionada al eterno camino de la arquitectura, ése es Javier Carvajal. Su condición ejemplar y docente convierte nuestra admiración hacia ella en escucha insaciable y nuestra inexpresable gratitud en pobre tentativa de seguimiento. Por eso aconseja terminar recurriendo de nuevo a sus propias palabras, reflejándolas como en un espejo, en la seguridad de que son las únicas capaces de interpelarla, las únicas autorizadas a entrar en un diálogo que, en último extremo, admiramos profundamente pero siempre se nos escapa un poco: «Le doy las gracias... por esa lección de entusiasmo que ha sido toda su vida de Arquitecto, por esa lección de voluntad perseverante, de ilusión inagotable. Ni la crítica, ni los años, ni sin duda la incomprensión, han sido capaces de agostar su juventud permanente, ni poner barreras a su eterno camino de ida, sin estar de vuelta jamás de camino alguno. Usted ha sabido ser fiel a sí mismo, porque ha querido ser resueltamente fiel a esa actitud excelsa del arquitecto, que le hace intuidor del futuro, ensoñador de mundos presentidos, que sólo podrán nacer del calor del sacrificio oscuro, del esfuerzo callado, de la renuncia heroica... Toda su vida, en lo que yo conozco, fue labor investigadora, personal, infatigable, más atenta a la intención que al logro, más atenta a la propia exigencia que al aplauso ajeno, más atenta a la vocación creadora que al propio provecho. Si hubiera un premio para la honestidad de una vida, para la constancia en un camino, para el ejemplo en el esfuerzo, si es que existe ese premio, en nombre de los que creemos en la virtud del sacrificio y en la fuerza de la ilusión, para usted lo pido»[92].